

Las composiciones musicales del Maestro Lapuente dedicadas al Santísimo

Comenté ya anteriormente, la obra musical que este gran maestro de Capilla de la Catedral de Jaén dedicó a la Virgen Inmaculada.

Hoy nos referimos a las cantatas, villancicos, Oratorio, tonadas, dedicadas al Santísimo Sacramento de Juan M. Lapuente, natural de Tomelloso y que vivió en la primera mitad del siglo XVIII, residiendo en Jaén desde su juventud hasta su muerte (1711-1753)

Su obra musical tiene un extraordinario valor e interés, aunque es desconocida en su mayor parte, con estos comentarios quiero reclamar la atención, recuperación y difusión de su música, que ésta se conozca ya que ella forma parte de nuestra cultura y porque gran parte de sus obras tienen una calidad digna y notable y no desmerecen en nada del resto del repertorio musical de esta época. Así se está haciendo en la actualidad con las obras de muchos músicos de este periodo, que durante mucho tiempo han estado olvidados y gracias a esta labor difusora de muchos investigadores y musicólogos, hoy se conoce y se valora mucho más la música de estos grandes maestros de nuestras catedrales del siglo XVIII, que han sido y siguen siendo desconocidos para muchos.

Al mismo tiempo con este comentario quiero contribuir a la exaltación del misterio Eucarístico, en este año jubilar, y en los días en que estamos celebrando en Jaén un Congreso Eucarístico, glosando la obra, que este gran maestro dedica a la Santísima Eucaristía, cuyo misterio canta con encendidos versos, invitando al cristiano a acercarse a esta mesa que el Rey pone con amor singular, que a todos al convite llama, donde a sí mismo se da.

Así dice en uno de sus villancicos (Vol. IX.Fol. 273) *Entrar y a comer llegar/ entrad de todos los reinos, ciudades y pueblos/ pues es para todos, si todos llegáis, entrad y a comed llegad/ veréis abreviado en un solo bocado un bien celestial/ llegad, mirad que convida/ con alma y con vida el rey celestial.*

Encontramos en las letras de sus composiciones, tanto en verso como en prosa un verdadero tratado teológico sobre la Eucaristía, aunque este sería objeto de otro artículo.

De las 300 composiciones que conservamos del Maestro Juan Manuel Lapuente en nuestro archivo Catedralicio, un tercio de las mismas están dedicadas al Santísimo Sacramento. Noventa y seis en total y están escritas casi la mitad para una voz, el resto a 3, 4,5, 6, 8 y 10 voces, con acompañamiento de violines, algunas con bajón u oboe y todas con acompañamiento del bajo.

A la hora de hacer un estudio y valoración de esta obra, se constata que no todas tienen la misma calidad, notándose gran diferencia entre las obras de sus primeros años de magisterio, años de juventud, con el resto de sus composiciones, donde la participación de los instrumentos es mucho más notable, variada y rica, y los recursos musicales son diferentes tanto melódicos como armónicos. No existe ninguna obra fechada después de 1735, lo que nos hace pensar que lo mejor de su producción se ha perdido, pues el Maestro Lapuente vivió 20 años más, después de 1735, murió en 1753 y estas serían las obras correspondientes a los volúmenes que faltan. Solo se conservan tres de los nueve volúmenes que creemos compuso.

Estas composiciones de sus años jóvenes, muchas de ellas a 1 v. o a dúo, o incluso a 4 v. son obras sencillas, sin grandes pretensiones, con una armonía simple y poco complicada, más bien elemental y con pocos recursos armónicos, lo que hace que estas páginas musicales, a veces excesivamente largas, resulten monótonas, cansadas por la insistencia en los mismos giros melódicos y resoluciones armónicas. Las modulaciones son más bien escasas y en todo caso a las tonalidades más inmediatas, con acordes de dominante y tónica, en ritmos repetidos constantemente en voces e instrumentos.

Pero de una manera progresiva el estilo del maestro Lapuente va mejorando a medida que pasan los años. Su peculiar forma de componer, sus giros melódicos tan propios, característicos y personales a base de corcheas con puntillo y semicorcheas, tanto en sus introducciones como arias; los saltos de cuarta justa en sus recitados nos los encontramos frecuentemente a lo largo de su obra.

Las composiciones realizadas a partir de la mitad de la década de los años 20, se podrían calificar en su conjunto de brillantes, alegres, de estilo no contrapuntístico sino homofónico como era propio el estilo de las obras en castellano en aquel entonces, (el contrapunto se reservaba para las obras con texto latino), estas partituras son muy exigentes para los intérpretes, pues se precisa gran dominio de los instrumentos, con difíciles contratiempos, mordentes y trinos, escalas rápidas que contribuían en gran medida al lucimiento de los músicos, a despertar la admiración de los oyentes y desde luego son menos aptas para suscitar sentimientos de fe y devoción del pueblo que asistía en gran número a estos actos religiosos.

Por otra parte, estas composiciones nos indican el gran nivel y preparación musical que los miembros de la Capilla de Música de nuestra Catedral debían tener para poder interpretar estas partituras.

Escuchando algunas de estas obras de Lapuente y de otros compositores de esta época, se podría decir que estas composiciones son más bien propias de un concierto, que para actos religiosos para la Iglesia, pues imitan y siguen, aun sin querer el estilo teatral y operístico italiano.

Si Lapuente conoció o no la obra de Scarlatti, o del padre Antonio Soler, es algo que no sabemos, pero sus introducciones y arias, recuerdan en muchos momentos y pasajes la obra del monje Jerónimo y algunas de sus páginas musicales se podrían atribuir con facilidad al padre A. Soler.

Entre todas sus obras dedicadas al Stmo. Sacramento, destacaría su gran Oratorio a 8 v. con violines y acompañamiento. Esta obra está fechada en 1729, y en ella se nota la madurez que Lapuente ha alcanzado ya; es una composición brillante y colosal, que exige gran dominio técnico de los violines y de una extraordinaria belleza toda esta parte instrumental, con efectos, giros y ritmos muy variados. Los dos coros dialogan entre sí y a veces se unen reforzando el canto.

El aria que canta el solista es bellísima. La duración de esta obra, sobrepasa con creces los 30 minutos. Ojalá llegara un día en que pudiera escucharse en Jaén esta formidable composición.

La estructura de todas estas obras, villancicos, tonadas, cantatas y Oratorio, eran las propias de aquel entonces a base de una Introducción, estribillo y coplas, la introducción casi siempre es breve a cuatro voces, el estribillo a 8 v. y las coplas a sólo, con una respuesta a voces en las coplas.

Otro posible esquema de estas obras era a base de una Introducción, estribillo, recitado, Aria o minué. Lapuente sigue ambos esquemas a lo largo de sus composiciones.

Las Catedrales ha tenido una siempre una gran importancia en la historia de los pueblos donde estaban situadas. Eran y todavía siguen siendo el centro religioso de cada Diócesis, en ellas se encuentran el Altar y la cátedra del Obispo de la Diócesis, y junto al Obispo estaba el Cabildo que con sus distintas funciones y ministerios desarrollaban unas tareas de primer orden, tanto para la vida espiritual de la diócesis como para la difusión de la cultura.

Los miembros del Cabildo solían ser en cada Diócesis los sacerdotes más capacitados y preparados en las distintas materias del saber teológico, no en vano se acedía a estos cargos después de unas difíciles oposiciones y los mismo ocurría en campo musical.

La Catedral era la mejor y casi única escuela, donde se podía aprender la música en esta época, y en ésta los Maestros de Capilla por su medio, con sus composiciones solemnizaban y engrandecían el culto religioso y al mismo tiempo, a través del texto de estas obras, exponían y enseñaban las principales verdades religiosas que el pueblo cristiano aprendía, aunque es verdad que usaban y copiaban el estilo teatral que por principio rechazaban, pero que consideraban mas atrayente para el gusto del pueblo, diríamos hoy como una manera de hacer Apostolado y un valioso estímulo para atraer a los cristianos a las celebraciones propias de la Catedral.

Alfonso Medina Crespo.